

PUERTAS CERRADAS

Eran siete. Dos hermanas y cuatro hermanos tenía mi madre. Y solo queda uno, enfermo y encerrado en el pueblo con su mujer extraviada en el alzheimer. Los dos perdidos. Así que, si hago cuentas, se han ido todos.

El año pasado lo pasé en un ir y venir sin sosiego al pueblo. De funeral en funeral. Empezando por mi madre, a la que más lloré y sigo llorando. Y después, como si todos los demás estuvieran esperando a que mi madre iniciara el camino, la fueron siguiendo, uno tras otro. Y ya solo queda uno, que ni siquiera puede contarlo.

A los dos últimos no he podido despedirlos. La querida tía Feli y el tío Mariano —el tío soltero y el más joven— se han muerto solos, atacados por el virus que tiene nombre de mascota de juegos olímpicos. Este año no he tenido que viajar al pueblo, de funeral en funeral. Y esa pena todavía es mayor.

En mi pueblo, Trijueque, al que llaman el balcón de la Alcarria por ser uno de los mejores miradores de la meseta castellana, se han cerrado todas las puertas de mi familia. Y a ver qué hago yo este verano —si es que podemos salir de esta concentración, llamada confinamiento— cuando haga el recorrido por las casas y estén todas cerradas. Y a ver qué hago yo sin poder recorrer las cocinas de mis tías, oler sus guisos y decidir en qué casa comer. Y a ver qué hago yo cuando termine mi estancia allí y no tenga que despedirme de nadie. Y a ver qué hago yo cuando se me amontonan todas las ausencias y me invade la tristeza.

A ver qué hago yo.

En medio de esta extraña nostalgia, de este silencio obligado, un montón de recuerdos se empeñan en abrirse paso en mi mente. Yo me resisto, pero el poder evocador del Seat Seiscientos es más fuerte que mi afán y me transporta al tren que, cada mes de septiembre, nos trasladaba a mis padres y a mí a Guadalajara.

—Apresúrate, niña —me apuraba mi padre— que aquí el tren para solo un minuto.

Dos preocupaciones me agobiaban durante el viaje. Que no nos diera tiempo a bajar del tren con todo el equipaje —no eran pocas cosas las que acarreábamos para pasar todo el mes—, y que mi tío se hubiera olvidado de ir a recogernos. Pero, verano tras verano, allí estaba mi tío José, puntual, esperándonos, con su flamante seiscientos. Inexplicablemente y desafiando todas las leyes de la física, nos metíamos los cuatro con todos nuestros cachivaches. Y comenzaba el último tramo de nuestro viaje.

El más largo, el más peligroso y también el más divertido para mí.

A mi tío José no le gustaba conducir. Sentía un pavor irracional a la carretera. Solo el cariño y las ganas de pasar con nosotros todo un mes lo envalentonaban y, agarrándose al volante del seiscientos como a un clavo ardiendo, venía a buscarnos. Lo peor era que iba tan despacio, que se colocaba en el arcén para no molestar al resto de los conductores, los cuales se nos quedaban mirando con cara de extrañeza. Alguno incluso nos hacía gestos pensando que el coche tenía alguna avería. Yo me reía y me lo pasaba en grande mirando por la ventanilla. La velocidad de tortuga que desarrollaba mi tío me daba para contemplar el paisaje y contar hasta la última hierba del camino. Nunca me mareé en aquellos viajes. Al tío José se lo tengo que agradecer.

Y, por fin, llegábamos al pueblo. Mi padre respiraba aliviado. Mi madre dejaba de sudar y guardaba el abanico que empuñaba con energía, aguantándose las ganas de darle en la cabeza a mi tío. Ambos, sin embargo, agradecidos a un chofer que no nos falló jamás.

Yo bajaba del seiscientos feliz. Un mes por delante de libertad total. Un mes de juegos interminables con mis primos. Un mes de aventuras, de días largos, de horas lentas. Recuerdo los veranos del pueblo como los días en los que la alegría se me instalaba al levantarme y se iba prolongando perezosamente hasta bien entrada la noche. Y, si existieron momentos tristes, yo no los recuerdo, ni siquiera durante la adolescencia o juventud, la época de la rebeldía. Me hice mayor, tuve hijos y cada verano continué viajando al pueblo. Y nada más llegar, sin deshacer el equipaje, iniciaba el camino en romería por las casas de todos mis tíos y tías. La visita era obligada. Y a mí me encantaban esos reencuentros, los abrazos y la alegría que nos provocaba volver a vernos. Un año más, un verano más.

Los veranos en mi pueblo.

Pero este verano, a ver qué hago yo.

La visión de todas las casas cerradas me resulta insoportable. Y, desde hace unos días, me entretengo pensando —en esta situación de concentración, llamada confinamiento, no hay que dejar que la mente se pudra en la desgracia— en una convocatoria general a todos mis primos y primas. Y les propondré abrir las casas. Todas. Abrir las ventanas. Todas. Y dejar que el aire enrarecido por la ausencia salte por el balcón de la Alcarria y se vaya lejos. Y a cambio le haremos pasillo al aire fresco de los mejores recuerdos, de los veranos largos, los juegos, las aventuras, las horas lentas y las noches de músicas y bailes. Y evocaremos el olor de los guisos de nuestras madres y nuestras tías en las cocinas de todas las casas.

Es el único modo que se me ocurre de conjurar el vacío y la soledad de unas puertas cerradas, de unas casas vacías. La mejor forma de decir adiós a la tía Feli y al tío Mariano, los dos últimos que se han muerto solos y confinados, a los que ni tan siquiera hemos podido despedir.

Porque, si no, a ver qué hago yo con este nudo. A ver qué hago yo.